



MONTERREY, N.L. DOMINGO 1 DE MARZO DE 2015

Carlos Alejandro / Olga de León (I)

Secuestrando lo intangible

In memoriam Armando Luna Ponce

A Armando Luna le parecía imposible que alguien pudiese convertirse en compositor si no contaba con una cultura musical extraordinariamente amplia. Él escribía directo en el software. Planificaba sus obras “a la Stravinsky”, y a sus planes les llamaba mapas. Componía aislado del mundo, encerrándose en su casa, a veces en penumbra, a la luz de unas velas, de prisa, bajo presión: cuando yo lo conocí.

Él tenía cuarenta y cinco años, y despreciaba la ambición por la fama y el reconocimiento. Intuía que el medio artístico ejecutante apenas comenzaba a distinguir sus piezas, y sospechaba que moriría pronto: “...a partir del próximo año es factible; antes de los cincuenta, seguro”, me decía en un viaje por carretera. Y aún le faltaba escribir su Sinfonía No. 2, su Concierto para 2 Arpas, su Concierto para Flauta, su Concierto para Piano, y su Quinteto con Clarinete. Armando creía en el destino.

Meses después de conocerlo, estaría explicándole que por razones de trabajo no podría asistir a su clase de Instrumentación: “Si en tu camino está escribir música, vas a componer, tomes o no clases conmigo, o las tomes o no con alguien más”, respondió.

Armando estaba convencido de que sus alumnos realmente aprendían a componer, no tanto dentro de su Taller de Composición, sino en su clase de Instrumentación - Orquestación, transcribiendo a los Grandes, y nunca aceptaba como alumno de composición a alguien que no hubiese estudiado Contrapunto. La Armonía moderna no le parecía tan importante, eso se podía ir aprendiendo a través de la lectura y el estudio de un libro como el de Persichetti, al mismo tiempo que se escribía.

Yo había presenciado cómo, revisando partituras, les podía destrozar el corazón a algunos aspirantes a compositor. Nunca en mi vida conocí a un docente más duro, más incisivo, más despiadado. Declaro que me daba miedo que me revisara alguna partitura. Pero si Mario Lavista me había enviado con él, era por algo.

Decidí quedarme en sus clases. Durante la niñez, a mí me había tocado escuchar los golpes de reglazos que algunas maestras dieron en las manos a mis compañeros. Pero la rudeza de Armando era única. Y su seguridad para revisar tareas... y para componer y orquestar, eran aún mayores. Por eso, cuando por primera vez coloqué una de mis partituras sobre su escritorio tuve que confesarme: sentía ganas de vomitar. “Entonces, vas bien”, me dijo, y tomó mi libreta de pasta negra, un engargolado de cien hojas tamaño legal, con veinte pentagramas por hoja. Comenzó a revisar.

Como ya lo dije, fue Mario Lavista quien me puso en contacto con Armando. Recordando aquel momento, me es difícil describir la emoción de lo que sentí cuando leí el correo electrónico del Maestro Lavista que incluía el número del celular de Armando. Descendí treinta y nueve pisos, desde mi oficina en la torre corporativa en la que trabajaba, para salir a la calle, saltar y gritar emocionado. No podía tranquilizarme, creo que me temblaban las manos cuando a las once de la mañana le marcaba al com-



positor de Chihuahua. “Hoy mismo; sí, ahí estaré a las dos de la tarde”, dije luego de que me presentara diversas opciones para encontrarlos.

Al colgar el teléfono, me dirigí al estacionamiento del edificio y saqué del auto doscientas hojas con análisis de obras que había realizado durante el último año. No me importó dejar la oficina en aquel momento. Tomé un microbús que media hora más tarde me dejó en Polanco. Caminé quinientos metros sobre la calle de Ferrocarril de Cuernavaca e intenté tranquilizarme antes de entrar.

Él llevaría su cabello largo y pantalones negros al reunirnos junto a la fuente del Conservatorio, cerca de la cafetería Ese martes de nuestro primer encuentro, me preguntó. ...contesté: “La historia corta es de un minuto, la larga de cinco. ¿Cuál quieres escuchar?” Optó por la última que en realidad se extendió, entre preguntas y respuestas, a quince o veinte minutos. Le hablé de los libros que había leído por mi cuenta: Turek, Kostka y Payne, entre otros. Al terminar de escucharme, habló con voz alta y encabronada: “Mario me dijo que estabas listo para composición, ¡y no lo estás!”.

(Pero bajo ninguna circunstancia, estaba yo dispuesto a dejar ir la oportunidad). Respiré, y...

De mi back pack, saqué el paquete con partituras y sus respectivos análisis. Debí entermececerle mi muda pero tangible reacción. “Mira, lo que podemos hacer es que de aquí a septiembre cubras lo que te estoy pidiendo, ya entonces te vienes al Taller de Composición. Por lo pronto, puedes entrar a mi clase de Instrumentación. Estamos iniciando cuerdas. A mis alumnos los hago leer los tratados de Berlioz y Rimsky-Korsakov... citó una lista larga; si quieres, consíguela. Pero sí compra el libro de Samuel Adler, y los discos: súbelos a tu i-pod, y te vienes a la Fonoteca el

próximo martes a las 12; le dices al guardia que vienes conmigo”. Dio una fumada larga a su cigarro, se acomodó el cabello y finalmente cabeceó en señal de “sí”. Como otras veces, Armando Luna estaba cambiando la vida de alguien más.

Su clase de Instrumentación era “más grupal” que la de Composición, revisaba de manera solo ligeramente distinta a lo que hacía en el Taller. Sentado en el escritorio, citaba alumno tras alumno. Leía la transcripción, por ejemplo: el Allegro de una Sonata para Piano de Mozart, pasado a cuarteto de cuerdas. Cuando había algo importante que mencionar, reunía al grupo frente a un atril en el que colocaba la transcripción del alumno, luego se dirigía al piano con el Allegro original; tocaba ocho o dieciséis compases y le preguntaba al grupo: “¿qué notaron?, ¿qué está mal?”. El asunto podía ir desde la longitud de las ligaduras, hasta: “las arcadas van hacia arriba en el primer tiempo de cada compás”. Contaba con estudiantes que detectaban el problema inmediatamente.

En el año 2010, le marqué a su celular, le dije que había renunciado a mi trabajo para poder asistir a su Taller de Composición. El viaje a Puebla que habíamos realizado meses antes, para escuchar su Trío para Clarinete, Violín y Piano, sería un presagio de la historia que me tocaría vivir luego de la difícil decisión que tomé.

Armando Luna fue miembro de la más extraordinaria y competitiva generación de compositores que formó Mario Lavista: La Generación Fuerte, ii que podría situar su epicentro en 1984, pero que puede extenderse a generaciones del Taller entre 1980 y 1990, aproximadamente, y que incluso ha salido del Conservatorio Nacional a otras escuelas, como a la Nacional de Música, e incluso de México.

Provocaba envidias. No había concierto en el que alguien no hablase mal

de la intensidad de su música, o que quisiera disminuir o robarle su lugar. La honestidad con la que se entregaba a la composición puede resumirse en la frase que alguna vez me dijo: “si no lo sientes, no lo puedes expresar”. De ahí su indiferencia a las codicias que despertaba, sabía que serían fútiles, sin eclipsarlo.

Los primeros homenajes y brindis en su honor le herían profundamente. “Es porque me estoy muriendo, ¿verdad?”, “es porque eres un gran compositor, y los ejecutantes te aprecian, Armando”.

Hacia diciembre de 2013, yo había conseguido que el editor de una revista le realizara una entrevista. El problema era que el editor lo conocía, y le tenía miedo. “Yo formulo las preguntas y hablo con él”, le dije. Armando aceptó para que nuestro encuentro se realizara alrededor de enero de 2014, pero no contestó mis llamadas durante un mes.

En abril, él se reportó. Dijo que se había deprimido nuevamente. No insistí en el asunto. Hizo algunas preguntas sobre mis actividades, y él no dejaba de contrapuntar mis frases con experiencias suyas. Era una despedida; no lo supe en ese momento.

...durante el brindis organizado por Luis Humberto Ramos y su ensamble en una terraza del Palacio de Bellas Artes, debido al estreno del Quinteto con Clarinete de Armando y dos obras de Lavista y Angulo, logré tomarme una fotografía con Mario: “Ven, Armando”, le dijo Mario a su alumno. Y ahí estaba yo, como en un sueño, junto a Mario Lavista y Armando Luna. “Si sonríes, te llevo flores a tu entierro”, le dije al de Chihuahua. Creo que el único que no sonrió para la fotografía, fui yo.

I De esta publicación, apenas si he sido arreglista y editora.

II Término que escuché por primera vez de J. J. Durán.



Sandro Botticelli

Creator de aclamadas obras como “La primavera” y “El nacimiento de Venus”, por las que es considerado el máximo representante del romanticismo florentino, el pintor Sandro Botticelli nació hace 570 años, el 1 de marzo de 1445.

Nació el 1 de marzo en la ciudad de Florencia, Italia. Su verdadero nombre era Alessandro di Mariano di Vanni Filipepi y se le conoce como Botticelli (botijo) por ser extensión del sobrenombre de su hermano. Para otros era el nombre del orfebre del que fue aprendiz.

Botticelli, cuya obra enmarca una notable elegancia, melancolía y fuerza expresiva en sus trazos, estudió en la escuela de Florencia durante el Renacimiento, en la segunda mitad del Quattrocento.

A los 25 años, el joven pintor tuvo su propio taller, en el que dedicó casi toda su vida a trabajar para las grandes familias florentinas, especialmente los Médicis, para los que pintó retratos, entre los que destaca el de Giuliano de Medici.

Con la integración al brillante círculo intelectual y artístico de la corte de Lorenzo de Médicis (1449-1492), Botticelli recibió la influencia del neoplatonismo cristiano, el cual pretendía conciliar las ideas clásicas con las de la nueva religión.

Lo anterior se puede apreciar en dos de sus obras más conocidas, “La primavera” y “El nacimiento de Venus”, las cuales fueron elaboradas para una de las villas de la familia Médici, y que hoy en día se hallan en la Galería de los Uffizi.

De su trabajo también destaca la serie de cuatro cuadros “Nastagio degli Onesti”, donde recrea una de las historias del Decamerón, de Boccaccio.

En la obra del pintor florentino destacan los temas religiosos, principalmente tablas de Vírgenes, como “La Virgen escribiendo el Magnificat”, “La Virgen de la granada”, “La coronación de la Virgen” y “Virgen con el niño y dos santos”, así como “San Sebastián” y un fresco sobre “San Agustín”.

En 1481 Botticelli fue uno de los artistas llamados a Roma para trabajar en la decoración de la Capilla Sixtina del Vaticano, donde pintó los frescos “Las pruebas de Moisés”, “El castigo de los rebeldes” y “La tentación de Cristo”.

ad pēdem literae

La vida es muy peligrosa. No por las personas que hacen el mal, sino por las que se sientan a ver lo que pasa.

Albert Einstein

letras de
buen humor

El divorcio es un camino hacia la felicidad.

Luis Rojas Marcos

En interiores...

Aniversario 130 del
Instituto Laurens

Oscar G. Baqueiro

Página 2

Más vale un final con horror
que un horror sin final

Patricio Pron

Página 3

La Voz del Papa

Mons. José H. Gómez

Página 4